



FONDO
ABELARDO A. LEAL LEAL



COLEGIO ALFONSO X

K 11

V 4

V. 1

PRÓLOGO

Est igitur oratori diligenter providendum, non ut illis satisfaciatur quibus necesse est, sed ut iis admirabilis esse videatur, quibus liberi liceat iudicare.
Cicerón De Oratore.

Quand un homme se leve pour parler, soit dans la chaire, soit á la tribune, soit á la barre, il doit á ceux qui l'écou- tent le meilleur de lui meme et comme la perfection, dont son ame et son esprit sont capables.—O. de Valleé Conclusions et Requisitoires.—1858-1868

Ardua tarea la de escribir las primeras líneas de un libro. Quion no tenga conquistado un nombre en el mundo de las letras, ni pueda con derecho reclamar el respeto y la atención que el público discierne al mérito, no debe jamás atreverse á firmar un prólogo; porque escribirlo equivale á recomendar las dotes del autor ó las cualidades de la obra y cuando el que hace la recomendación la necesita para sí, la suya aparecerá ridícula ó pretenciosa, ó por lo menos vana é inútil. Podrá suceder á las veces, que el prólogo no tenga por objeto recomendar á un escritor, que teniendo ya carta de ciudadanía en la república literaria ó científica, no necesita, como

los advenedizos ó noveles, pasaporte alguno para entrar á esos recintos. Entónces el prólogo será ó apología de amigo complaciente, miembro de una sociedad de elogios mutuos, no considerada en el código mércantil, ó reseña insustancial de méritos no discutidos y enumeración de bellezas, que solas brillan y seducen sin necesidad de agenos atavíos.

Estas consideraciones pesaron en mi ánimo, para rehusar por mucho tiempo las bondadosas instancias de los editores de esta obra, que en mí buscaban al antiguo amigo y colega del autor. Al dar á la imprenta coleccionados sus alegatos y discursos, quisieron aquellos asociar en esa empresa mi obscuro nombre, al del orador tan conceptuado y conocido. La amistad tiene sus fueros, é invocados para vencer mi resistencia, efecto del conocimiento de mis pobrísimas aptitudes y no el resultado de indolencia ó falta de afecto, acometo hoy la tarea de abrir la portada de esos "Discursos y Alegatos," salvados en la presente edición, no del olvido que no merecen, sino de la accidentada vida del folleto y del periódico.

Aunque ingenuamente confieso que la amistad coloca en mis manos la pluma, me respeto bastante para subordinar mi criterio á los impulsos de una benevolencia mal entendida y peor aplicada cuando para el público se escribe. Diré, por lo mismo, cuanto juzgue defectuoso en las piezas oratorias que critique; con

ruda franqueza señalaré los lunares que encuentre en la oratoria de mi amigo, sin que pretenda acertar en mis juicios; pero independiente por caracter y honrado en mis apreciaciones, será este prólogo, fiel reflejo de la impresión que en mí hayan producido las dotes del orador, que he podido apreciar, oyéndole algunos de sus elocuentes discursos y las producciones de su ingenio. *Amicus Plato; magis amica veritas.*

Uno de los más celebrados oradores forenses de la Francia contemporánea, Berryer, decía que la elocuencia era tan antigua como el mundo y que el *fiat lux*, escapado de los labios del Creador en los albores de la humanidad, había sido la más bella y grandiosa fórmula de la elocuencia. Ninguna de las múltiples dotes que adornan al hombre, puede compararse con la palabra; por ella vive y se mantiene el orden admirable del mundo social; por ella el pensamiento, apenas nacido en el cerebro, estalla y se esparce, estableciendo relaciones, que sin ese medio de comunicación, permanecerían infecundas; por ella, en fin, el hombre posee el mágico dón de perpetuarse á través de las generaciones y levantar los más preclaros monumentos de su grandeza y poderío, ora revista la forma del sentimiento, ó traduzca la idea que envuelve el pensamiento, ora lance al espacio los furores de la pasión ó murmure los serenos razonamientos

de la persuasión y del convencimiento; es la palabra en los labios del hombre la palanca que mueve todos los afectos y el imán poderoso que agita y atrae todas las voluntades.

Ninguna de sus manifestaciones más hermosa, ninguna más sensible que la del lenguaje empleado en la oratoria. Expresión bella de la verdad y del bien, dedicada á convencer, persuadir é interesar, preciso es que á la verdad y bondad de la doctrina, á la fuerza del razonamiento, reuna la viveza del sentimiento, los arrebatos de la pasión, la vida y animación de las ideas, las brillantes imágenes de la fantasía. Compuesta en su fin, ha de ser compuesta la oratoria en sus medios y en la impresión que cause. Empleando igualmente las armas de la razón y del sentimiento, aspira á convencer á la primera, enardecer al segundo y como resultado de esta noble acción, mover la libertad hacia el fin apetecido. Causar una total y compuesta impresión en todo nuestro ser, influir en todas nuestras facultades, reunir en una síntesis todos los esfuerzos, para producir todas las impresiones y lograr en un solo momento todos los fines: tal es el objeto á que debe aspirar la oratoria. El poder de conseguirlo, mediante la unión indisoluble en la expresión oratoria de la fuerza, de la razón y del sentimiento y de la fuerza y energía de la palabra es la preciosa cualidad que recibe el nombre de elocuencia y que acertadamente define Cap-

many: "el don feliz de imprimir con calor y eficacia en el ánimo de los oyentes, los afectos que tienen agitado el nuestro (1).

Así comprendida la misión elevadísima de la elocuencia, pálidas tendrán que ser las restantes manifestaciones del espíritu y débiles los demás elementos de que el hombre pueda disponer para conseguir el fin de sus aspiraciones y propósitos. *Magna eloquentia sicut flamma; materia alitur, motivus excitatur, urendo clarescit*, decía Tacito; en tan reducidos términos, con esa precisión tan admirable del gran historiador, no bosquejó, sino que valiéndose de una comparación tan hermosa, dió á la elocuencia el mayor y mas claro colorido que pudiera apetecerse. Llama en que se incendia la inteligencia, ilumina con sus resplandores el panorama que diseña; pero si á esto limitase su acción, bien reducidos serian sus horizontes y estrecho el círculo de su actividad. Armada de la razón y del sentimiento, no tiene por fin la persuasión aislada, ni el empeño único de agitar los afectos, sino que impresionando todas las facultades de nuestro ser, lo modela á su arbitrio, lo sujeta al yugo tiránico, pero suave de su voluntad y lo postra como subdito rendido á los mandatos de su imperio.

No puede darse mayor poder, ni más firme ni más persistente que el de la elocuencia. Po

1 Principios generales de Literatura, D. Manuel de la Revilla.

drá la fuerza oprimir la voluntad y hasta conseguir que aparezca sumisa y obediente como persuadida de que así debe mostrarse ante el despótismo que la subyuga; pero esa sumisión engañosa es el pleito homenaje que rinde la debilidad á la fuerza, es la resignación de la impotencia; nunca será el vasallaje franco y espontaneo que se presta á la verdad y la inteligencia. En cambio el orador habla, brotando de sus labios el verbo que crea, la palabra que persuade, convence y conmueve y entónces el entendimiento más rehacio á la verdad y el corazón mas sordo á los afectos, prestarán asentimiento á la persuasión que convence y la pasión que se impone.

Parece que con las anteriores palabras, únicamente se dibuja el género político de la elocuencia; esa oratoria para la que exige Quintiliano, la grandeza de corazón á la que ni el miedo abata, ni aterre el vocerío, ni aun la autoridad de los oyentes detenga más allá de la debida reverencia (1); esa oratoria en fin que se distingue por el predominio de la pasión, por el arrebató y vehemencia de sus acentos, por su carácter batallador y por la importancia que en ella tiene la polémica. Y sin embargo no hemos querido referirnos á la oratoria política solamente, sino á la elocuencia en general, sin negar por esto que la primera es, entre todas, aquella en que mejor se ejerce el imperio

1 Quintiliano. Orat. Inst. Lib. XII Cap. V.

de la palabra humana, para dominar la razón y avasallar las pasiones. La tribuna política, ha dicho un pensador moderno, es un campo de batalla y el orador está, al modo de caudillo militar, obligado á poner en juego todos los recursos de la estrategia y de la táctica para vencer en una empeñada lid, en que el arma que se emplea es la palabra, que en ocasiones puede ser la más eficaz y mortífera de todas.

Si no temieramos apartarnos del objeto principal de este trabajo, cederíamos á la tentación de hacer un juicio comparativo entre los diversos géneros de la oratoria, para señalar el que á nuestro juicio supera á los demás; para ello no tendríamos sino analizar los razonamientos del Sr. D. Cándido Nocedal, que tomó aquel tema para su discurso de recepción en la Academia Española (1) ó el de Mr. Alexis Ballot-Beaupré, Abogado de la Corte Imperial de París, que á diferencia del fogoso polemista español, cree que no la oratoria de la cátedra sagrada, sino la política es la que debe figurar en el primer lugar. (2).

Sin embargo, otro fin nos hemos propuesto. Como el autor de la presente colección de discursos, aunque ha cultivado en los académicos, que en ella figuran, el género didáctico, se ha dedicado con especialidad al forense, sobrada ra-

1 Discursos de recepción. Tomo III, pág. 402.

2 Discours prononcé á l'ouverture de la Conférence des Avocats dans la seance du 16 Novembre 1861.

zon habrá para que hablemos de esta última elocuencia, tan rara cuanto estimada entre nosotros.

Un discurso, que no sea forense, será como un juego para el hombre que no carezca de talento y de cultura y que tenga el hábito del estudio y el de hablar en público; pero en un debate judicial, es tan grande la tarea del orador, que dificulto pueda haber otra que le supere. Si no fuera porque semejante juicio ha brotado de los autorizados labios del más ilustre orador de la *tribuna* y del foro (1), dudáramos de la exactitud de pensamiento á primera vista, tan aventurado como hiperbólico. Pero ese que fué el atleta de la palabra en una de las épocas más tormentosas de Roma, no sólo la usó para tronar en el Senado contra los traidores y los enemigos de la república, sino que también la puso al servicio del oprimido y del débil en el sereno recinto de los tribunales. Ninguno en consecuencia más competente y apto para comparar las dificultades que ofrecen aquellos dos géneros de elocuencia; ninguno más experto para decidir, aplicando su personal observación, cuál de ambos es más delicado y azaroso.

Es cierto que en la época en que Cicerón hablaba en el senado y el foro, la oratoria política estaba tan íntimamente unida á la forense, que apenas podían distinguirse entre sí, supuestos el régimen que imperaba en la república, el

1 Ciceron. De Oratore lib. II Núm. 215.

sistema adoptado para el gobierno de la misma y sobre todo las luchas intestinas en que se debatía la más grande entre las naciones del mundo conocido entónces. En efecto, los grandes procesos de esa época siempre se mezclaban directamente á los negocios de Estado; se ventilaban en el Foro, en presencia del pueblo, delante de jueces animados del odio ó las pasiones del momento y el orador que en tales condiciones hablaba, abogado y político á la vez, podía desplegar lo mismo que sus dotes de jurisconsulto, los mil recursos de la elocuencia, que hoy llamaríamos parlamentaria. Pero aún así, el orador romano confesaba, que más ardua era su tarea cuando defendía á Milon, que al acusar á Catilina; *antequam Augustus, ipsam quoque eloquentiam, sicut omnia alia paccaverit* (1).

En la historia de todas las naciones se encontrarán episodios, tal vez de los más salientes en que se hallarán confundidos los dos géneros de elocuencia: el *judicial* y el *deliberativo* como les llaman los retóricos; pero á excepción de esas épocas transitorias, la oratoria forense tiene su carácter típico que la diferencía de las demás, con las que no llega á confundirse. Mientras que la oratoria política, puede recorrer toda una serie de grados, desde el tono reposado y sereno de una exposición didáctica, hasta los apasionados giros de una polémica personal, la oratoria forense, templada, razonadora y se-

1 Tacito, Orat. núm. 38.

vera, tiene como condiciones principales de su lenguaje la precisión, la claridad y la concisión.

Antes de ocuparnos de los Discursos forenses, que forman la mayor parte de esta colección, no debemos omitir los 'Académicos,' entre los que figura, en primer término, el pronunciado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, sobre el tema tan delicado del divorcio. Es, en mi concepto ese estudio, uno de los mejores, que han brotado del talento indiscutible de Agustín Verdugo. En él se revela el espíritu profundamente convencido del filósofo cristiano, y tal vez por este motivo, encuentra el orador, al sostener con brío la tesis que defiende, las armas más poderosas de su copioso arsenal, y los recuerdos más pertinentes de su erudición y fantasía. Aunque su voz se dejaba oír en el sereno recinto de una academia y en un ambiente ageno á la política, fué sin embargo un rasgo de valor civil é independencia de carácter, el que desplegó el mantenedor de la indisolubilidad del matrimonio. No solamente se limitó á declararse partidario de una escuela científica, que no es la que priva en el presente momento histórico, sino que tuvo la valentía de hacer una profesión de fé religiosa, tanto más loable, cuanto que con ella desafiaba, sino las iras, si el menosprecio de aquellos,

que como sectarios exajerados, llegan hasta negar el mérito de quienes no piensan como ellos.

Verdugo, en su discurso académico sobre el divorcio no solamente apareció como el valeroso adalid de sus creencias religiosas, sino que demostró un profundo conocimiento del corazón humano. Psicólogo, sondea los arcanos del corazón en ese *teórema que marcha*, como llama Taine al hombre y deduce de su estudio en florido lenguaje, que el divorcio en vez de remediar los arranques de la pasión, le falicitaría el ancho cauce, que la lleva hasta el desbordamiento y con él á la disgregación de los elementos sociales. Erudito y acertado en sus citas, llama en auxilio de su tesis, á pensadores de primera magnitud, que rechazan el divorcio y concluye con este apóstrofe elegante que bien vale repetir aquí." Así, pues, me dirijo no sólo á los creyentes, sino á todos los jóvenes que me escuchan; en nombre de la naturaleza humana; en nombre de la muger, en nombre de los hijos, que necesitan del amor de sus padres, para formar una generación feliz y vigorosa en nuestra patria especialmente; en nombre de los sentimientos de libertad é independencia, yo os pido que trabajéis siempre por que el divorcio, no se establezca nunca en nuestraas leyes."

Por mas que sepa cuál fué el carácter de la discusión emprendida en "La Escuela de Jurisprudencia" sobre el divorcio y me sean conocidos los detalles de la discusión en que los

oradores del pró y del contra hubieron de colocarse en el terreno meramente especulativo, ocupándose en contestar los razonamientos de sus respectivos adversarios; aunque, por último, esa discusión se redujo á los estrechos límites de un torneo científico, cuyos ecos vinieron á repercutir más tarde, en el silencioso recinto de nuestro parlamento, deploro que Verdugo no le hubiera dado mayor amplitud, á un tema tan fecundo, como el del divorcio que ocupó, con tanta ansiedad, la atención pública. En efecto; quien como aquel orador, cuenta con tan copiosos elementos, ya por su talento é instrucción, ya por su incomparable biblioteca y hasta por su holgada posición social, no debió ceñirse, en mi concepto, á indicar solamente á grandes rasgos los argumentos de la tesis que defendía, sino que ensanchando los horizontes de su estudio, y dando rienda suelta á su erudición y fantasía, debió, como pudo hacerlo, formar, en ocasión tan propicia, de su discurso sobre el divorcio, uno de los más preciados timbres de sus glorias científicas.

De todos modos y aunque el discurso que comento, haya sido mas bien que uno académico, un ejercicio jurídico, pronunciado ante un concurso, formado en su gran mayoría por estudiantes de derecho, es un testimonio fehaciente de los méritos que posee su autor, como filósofo, jurisperito y orador consumado. Así lo demostraron los aplausos que el jóven abogado me-

reció al descender de la tribuna y los elogios que le prodigó la prensa periódica de aquellos días.

*
* *

Todos sin excepción, aún sus émulos ó malquerientes, ¿quién no los tiene? reconocen en Verdugo admirables dotes de orador. Nutrida y variada su instrucción; fácil y florida su palabra; serenidad y aplomo en la tribuna; agradable, sonoro el timbre de la voz, arrogante apostura, son cualidades que reunidas en un individuo, hacen que descuelle en un arte de los más difíciles y envidiables en el mundo. No es por cierto común y ordinario que concurren en una misma persona tan múltiples aptitudes; por esta razón, quizás, los oradores esclarecidos han sido en todas las edades, glorias las más puras de su patria, por que la elocuencia es el mayor tesoro, el timbre más insigne del humano entendimiento.

Muchos hay que poseyendo extraordinario talento; ingénios de primera magnitud; oráculos de la ciencia que cultivan, no tienen, como vulgarmente se dice, el dón de la palabra; que sus producciones, obras maestras de sabiduría y erudición, no aquilatan su mérito en la candente fragua de la elocuencia, sino que requieren para tomarles el preciado sabor, que de ellas se des-

prenden, leerlas y estudiarlas, en el silencio del gabinete de trabajo, allá dónde no llegan los ecos desapacibles y poco gratos, de una oratoria defectuosa. En cambio, muchos también hay, que sin alcanzar esas alturas; sin figurar en primera línea entre los sábios y los eruditos, imprimen tal sello de notoriedad á sus pensamientos; manejan con tanta habilidad su lenguaje, revistiéndolo con la mágica forma de una palabra arrebatadora y sobre todo desplagan en la tribuna, tal conjunto de recursos, entre ellos, la acción, en que Demóstenes encerraba todas las cualidades del orador, que un trabajo, medianamente elaborado y que leído no haría fortuna, pronunciado por su autor, *vir peritus dicendi*, con la majestuosa entonación de quien tiene el hábito de hablar en público, resultará ser tan del agrado de los oyentes, que pagarán con nutridos aplausos, el entusiasmo y la satisfacción, que ha sabido grangearse el orador grandilocuente, que los ha tenido suspensos de sus lábios.

Siendo, orador Verdugo, lógico y natural era suponer que aprovechase la oportunidad tan rara entre nosotros, de luchar en buena y legítima lid, por dar aplicación á su actividad intelectual y encontrar estímulo á sus inclinaciones. Abierta la oposición á la Cátedra de literatura y elocuencia forenses, Verdugo se inscribió entre los justadores y tuvo la honra de concurrir al certamen, con el Sr. Lic. Jacinto

Pallares, á quien con justicia apellida maestro, la moderna generación de abogados. Este debió ser el preferido por el Jurado; pero Verdugo mereció ser el adjunto á cátedra tan interesante. La tesis que presentó al jurado, figura en esta *colección*, tomada de la lujosísima edición, que imprimió su autor, en la tipografía tan conceptualizada de Diaz de León.

Creo haber dicho que, por una inclinación natural irresistible, Verdugo, desde los albores de su juventud, alento una vocación decidida por la elocuencia, como si tuviera el presentimiento de que la tribuna habría de ser el pedestal de su reputación en el foro. Desde las aulas, reveló sus excepcionales aptitudes para la oratoria; fácil hubiera sido para el hombre previsor, vaticinarle en aquella época, ya por desgracia bien lejana, los triunfos que después conquistaría como orador forense y aplicarle el augurio que tuvo Mirabeau para elogiar á Barnave: "*c'est un arbre qui croit, pour etre un jour un mat de vaisseau.*"

Así se explica fácilmente, con cuánto amor y delectación, escribiría Verdugo su tesis sobre la elocuencia. Se advierte desde luego, en esos conceptos, el encanto fascinador que ejerce en el apasionado espíritu del amante la contemplación del objeto amado; se comprenden y aprecian en cuánto valen, los ditirambos que dedica á la elocuencia, como si fueran los arranques fervorosos del creyente, hacia el ídolo de su

culto; se avalora, por fin, la admiración que la profesa, como si deseara que todos, á ejemplo suyo, se prosternaran sumisos y esclavizados, ante los altares de la diosa, en cuyas aras quema, con suma prodigalidad, el incienso de su veneración y de su amor.

Quiere sér sacerdote de esos misterios y exclama: "Todo cede á los encantos fascinadores de este dón incomparable, de este privilegio altísimo en cuya composición, si nos es lícito hablar así, entran las facultades más excelsas de la criatura humana, lo mismo la inteligencia investigadora de la verdad y la imaginación que descubre los detalles de la belleza y colora con sus variados matices las labores más serias de nuestro espíritu, que la voluntad, movimiento rápido de nuestro sér, que vuela sin que nada sea parte á detenerlo, hácia aquellos objetos ó espectáculos, que la apasionan, arrastran y subyugan." Y luego añade: "Esencia de nuestra alma, inspiración divina por medio de la cual parece que nuestro sér se esfuerza, en arrancarse de los lazos que le ligan á la tierra, para ascender á las cerúleas alturas de la Belleza; la Elocuencia, á la manera de caudaloso río, que rompe todos los límites de nuestro espíritu, se derrama en todas las formas capaces de recibirla y unas veces alienta en las palabras, otras en las notas musicales, otras en las obras plásticas á que ha querido infundir el artista las concepciones de su alma....."

Se pregunta en seguida: ¿cuál debe sér la escuela verdadera en que haya de formarse el orador? y después de una relación suscinta de lo que ha sido la oratoria en el mundo, diseña á grandes rasgos la silueta del tipo, que en su concepto, ha de presentar el orador moderno: "Tácito decía que las épocas cambian la forma y el género del arte de la palabra. Así á nuestros tiempos, en que domina más bien la razón que el sentimiento, el espíritu práctico más bien que el idealismo, creemos que corresponde no una elocuencia efectiva, de la cual sean las bellas exterioridades de la forma el principal mérito, sino un género de hablar natural y sencillo, corto, nervioso y preciso. Ya no debe darel orador importancia á las palabras, sino en la medida necesaria para expresar los pensamientos, que deben ser sólidos, concluyentes y adecuados al asunto. La erudición, en otro tiempo tan fastuosa, no debe ostentarse ya, sino cuando la necesidad la reclama. Se ha sentido en nuestros días, decía Saint-Beuve, que el estilo florido por dulce y agradable que sea, no puede elevarse al género mediocre y que lo verdaderamente sublime, desdeñador de ornatos prestados, sólo se encuentra en lo sencillo. La exactitud de los conocimientos modernos, que han conseguido depurarse cada día más, de la mezcla de conceptos vagos, séquito constante de la mayor parte de los trabajos intelectuales en la antigüedad, debe reflejarse en el arte oratorio, que para cum-